

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



22 de junio de 1889



Núm. 86



EL LABRADORCITO



UN RATO DE CHARLA

QUÉN diría que la Grandísima Exposición Universal de París va á darnos hoy motivo para lamentarnos de que ni aun la gente que se tiene por el *super omnia* guarde las consideraciones que al prójimo, y sobre todo al prójimo humilde, le son debidas?

Parece, pues, que los infelices africanos y oceánicos, titulados *salvajes*, que se albergan en sus chozas de la Explanada de los Inválidos, son objeto á veces de crueles burlas, y que el otro día una pobre isleña de la Polinesia se echó á llorar que daba lástima por alguna palabrota que la dirigieron y comprendió perfectamente.

¡Buen recuerdo se llevará de París la sensible insular cuando regrese á su archipiélago!

Tales actos desdicen en gran manera de la cultura de la ciudad que se llama modestamente á sí misma la *Ciudad-Luz*, el *Cerebro del Mundo*, y demás apodos que, á no saber dónde está Francia, parecerían de procedencia mohicana, inventados por algún héroe de Fenimore Cooper.

No pretendo hacer la competencia á Fray Bartolomé de las Casas, pero me duele que se haga llorar á una pobre muchacha que, feliz y contenta en su pobre isla del Grande Océano, no imaginaria nunca que se pudiesen burlar de su figura.

Esa exhibición de *salvajes* en pleno mundo civilizado tiene algo que hiere mi delicadeza. Convertir á un ser humano en objeto de curiosidad no entra en mi *sistema*. Podían haberse valido de figuras de cera.

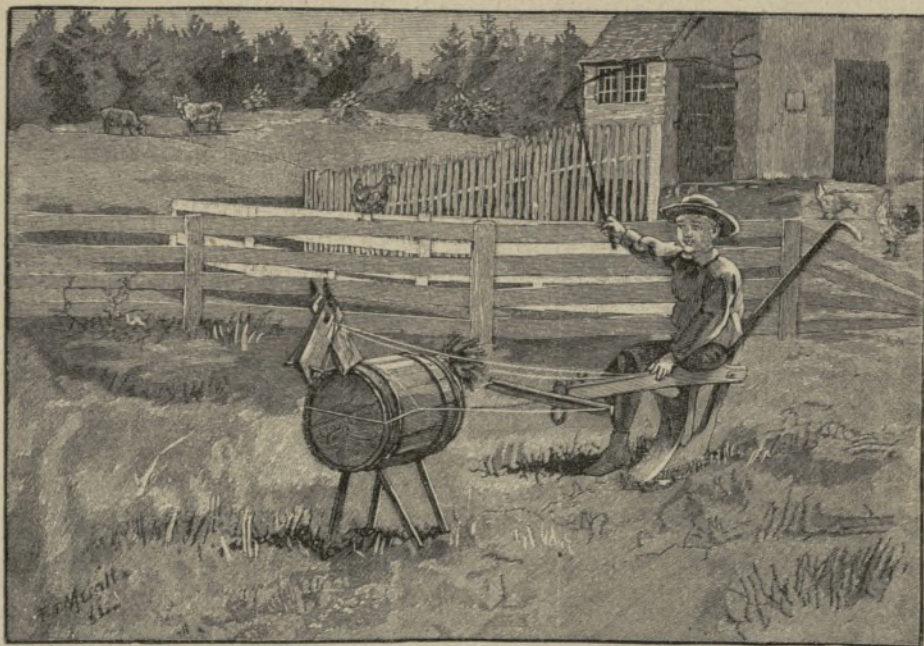
¿Qué van á sacar los pobres salvajes con que les hayan llevado á ver la Exposición de París? Poca diferencia, lo que el negro del sermón. Preguntada una africanita sobre qué cosa le había gustado más de todo

París y su Exposición, respondió que las serpientes que *salen* en una comedia de magia que echan en no sé qué teatro de por allí.

¡Pobres *salvajes*!

*
**

Sin duda que muchos de mis camaradas se habrán extrañado de mis lamentaciones á propósito de unos seres que tan poco se nos deben



El labradorcito

importar; pero en el fondo no se trata de que los parisienses se burlen de los polinesios, ó de los annamitas, ó de los senegaleses, ó de los siux: lo que me mueve á quejarme es el afán centralizador que revela el hecho de haberse mandado traer á París gentes de tan diversas partes.

La idea es, sin duda, *curiosa*; pero que sea muy cristiana, filantrópica, ya no lo veo tan claro.

Implicitamente se les dice á esos africanos, americanos ú oceánicos: —Pero ¡qué bárbaros son Vds.! ¡Mirennos Vds. á nosotros, qué guapos, qué bien vestidos, qué elegantes!

Cosa que, pensada de lejos, es verdad, pero insinuada á las mismas barbas de los aludidos deja un tanto que desear.

Así nuestros conquistadores enviaban *muestras* de indios: verdad es que no se figuraban tuviesen un alma como nosotros.

De entonces acá la psicología ha descubierto que también los salvajes tienen alma, y por eso es menos de perdonar que se les tome por diversión, como si fueran materia de espectáculo.

Aun recuerdo con tristeza el gran número de filipinos que murieron en la Exposición del Parque de Madrid. Mucho será no ocurra lo mismo en la Explanada de los Inválidos.

Y de esas muertes podrán dar ellos las gracias á sus civilizados exhibidores.

¡Dejémosles tranquilos á esos infelices! Las ventajas que pueden reportar de su viaje á orillas del Sena no compensarán los peligros y disgustos á que se exponen. Porque no es de suponer que, de vuelta á sus kraales y aldehuelas, sepan tanto que lleguen á construir otra Torre Eiffel.

El único recuerdo que se llevarán tal vez es el de las lágrimas que les hicieron derramar las burlas que se les dirigieron y los muertos que hayan enterrado allí.

Lo cual avisamos á los que se disponen á marchar á París sin tener conciencia de que quizás les tomarán también por salvajes, ó puede que algunos sin saber que lo son efectivamente.

Porque el hábito no hace el monje.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

EL año pasado dejamos consignadas en las páginas de esta revista las manifestaciones que en diversos ramos más llamaron la atención en la Exposición Universal de Barcelona; y, prosiguiendo hoy nuestra tarea de haceros conocer cuanto puede recrear á la par que desenvolver vuestra inteligencia, nos ocuparemos de las maravillas que sorprenden al visitante en la de París, seguros de que leeréis con el mejor gusto cuanto os dé aproximada idea de los sorprendentes prodigios que atesora la *Cité Bleue*, verdadero prodigio de mármoles, hierro, cristal, pinturas, esmaltes y ladrillos.

La *Ciudad Azul*: así llaman los franceses á su Exposición, cuyo emplazamiento abarca una extensión inmensa y soberbiamente edificada. Basta consignar que dos palacios tan sólo, el de Bellas Artes y Artes Liberales, con sus respectivos vestíbulos, el que podría llamarse *Palacio de la Industria* y el de Máquinas, ocupan la friolera de 219,000 metros cuadrados, pudiendo calcularse en más del doble la parte no edificada. La suprema maravilla de ese gran Certamen son el Palacio de Máquinas y la famosa Torre Eiffel. Como por su importancia ambas merecen capítulo aparte, consagraremos el de hoy á la última, que, si no es la más admirable, es indudablemente la más elevada, como que mide 300 metros de altura.

La Torre que lleva el nombre del ilustre ingeniero francés está asentada sobre una superficie cuadrada cada uno de cuyos lados mide 229 metros. Cada base de los cuatro pilares mide 25'33 metros cuadrados. La Torre está dividida en tres pisos y coronada por una gigantesca cúpula de cristales superada por un foco de luz eléctrica, y sobre él un asta con la bandera tricolor.

La primera plataforma se halla á 57'63 metros del suelo y en ella convergen los cuatro montantes.



La parte central hueca representa una superficie de 900 metros cuadrados, y el pavimento que corre alrededor, y sobre el cual se hallan las galerías, ocupa una extensión de 4,200 metros cuadrados.

La segunda plataforma, á 115'73 metros de altura sobre el nivel del suelo, mide 30 metros de lado, y por encima de su techo reúnen en un solo haz los cuatro pilares para no formar ya sino un solo fuste.



Los amigos de Carlitos

Entre la segunda y tercera plataforma hay otra intermedia á 196 metros de altura, y á 276 metros está la última, cuya cúpula se halla exactamente á 300 metros de elevación.

La mirada alcanza allí hasta una extensión de 120 á 130 kilómetros. La perspectiva que se descubre excede á toda descripción.

Como para llegar á la tercera plataforma hay que subir (una friolera) 1,700 escalones, se han construido cuatro ascensores. Desde la tercera plataforma á lo alto de la cúpula tiene, sin embargo, que subirse por una escalera de caracol.

El peso de la Torre se estima en 9,000 toneladas, repartido entre los diez y seis macizos de donde parten las aristas, que son cuatro por cada montante.

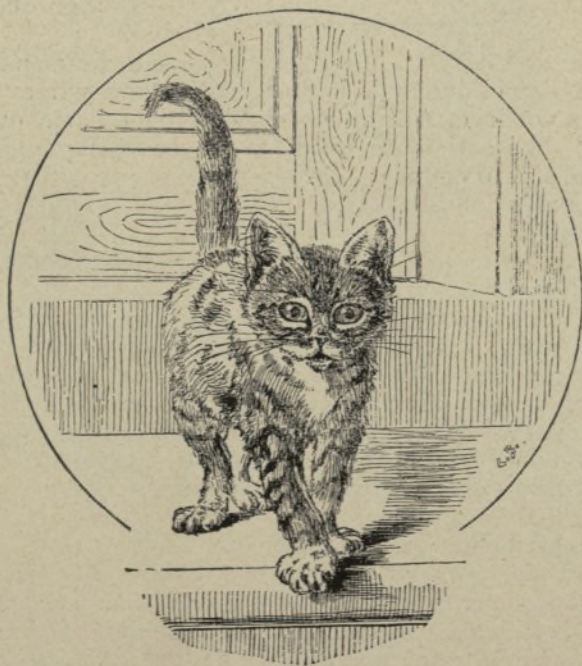
La cimentación de este edificio era un problema más que difícil de resolver, dadas las malas condiciones del subsuelo, infiltrado por su proximidad al

Sena. Resolvióse, sin embargo, felizmente empleando en las dos pilas más inmediatas al río el aire comprimido y dejando en seco las dos restantes. Empleáronse, para las dos primeras, cuatro cajones de palastro de 15×6 metros, hundidos á 5 metros bajo el agua y llenos de betún, sólidamente trabados con robustas vigas.

Las cuatro pilas se componen de cuatro bloques piramidales de 10×6 metros cubiertos por dos hiladas de piedra de Château Landon, una de las más resistentes conocidas hasta el día. Entre estas hiladas y el soporte metálico de cada uno de los montantes hay alojada una prensa hidráulica de 800 toneladas de fuerza, destinada á restablecer el equilibrio al menor desplazamiento que se observe.

Para comprender la valentía de esta atrevida y admirable construcción, hay que fijarse en que las diez y seis aristas que forman las cuatro bases no encuentran punto de apoyo hasta 56 metros sobre el nivel del suelo. Calcúlese, por lo tanto, lo asombroso de las dificultades dominadas que suponen el montaje en falso hasta dicha altura; triunfo no solamente del insigne matemático y del mecánico, sino también de los modestos y oscuros operarios que han llevado á cabo la construcción, cuyos nombres, desconocidos hasta hoy, pasarán á la posteridad, grabados en la plancha que ha de perpetuar la memoria de los que construyeron la maravillosa Torre Eiffel, asombro del mundo y admiración de cuantos visitan la Exposición de París.

BENJAMÍN

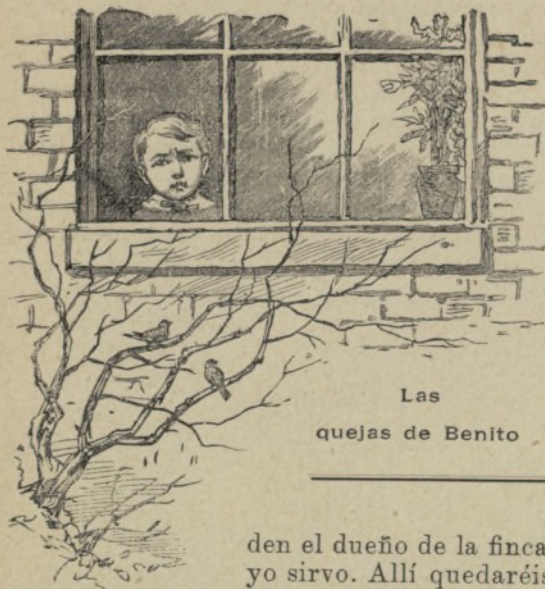


EN LA CULPA VA EL CASTIGO

(Conclusión)

Quiso huir; pero aturdido, temeroso, no pudo dar un paso hasta que sus compañeros hubieron saltado del almezo.

—¡Alto ahí!—dijo el guarda apuntándoles la escopeta.



Las
quejas de Benito

Los pobres chicos permanecieron inmóviles, con la cabeza baja.

—No hemos causado ningún daño,—se atrevió á proferir Luis;—el almezo es de mi papá y podemos subir á él cuantas veces queramos.

—Habéis pisoteado el sembrado de mi amo, con perjuicio de la cosecha,—respondió ferozmente el guarda;—eso se lo contaréis al alcalde de Picofuerte si os agrada.

—¡Cómo! ¿Nos lleva V. á Picofuerte?

—¡Qué remedio! Es mi deber.

—Y ¿por qué no á nuestro pueblo?

—Porque en Picofuerte residen el dueño de la finca maltratada y la autoridad á quien yo sirvo. Allí quedaréis detenidos hasta que vuestros padres satisfagan la multa que se os imponga... Porque vos-

otros no llevaréis dinero encima: ¿eh?

—No llevamos más que almezas.

—En marcha, pues.

—¡Perdón! ¡Perdón!... ¡No volveremos á hacerlo!—profirieron los niños, deshechos en lágrimas.

Pero el guarda era hombre duro, y, además, había tomado su partido: aquellos niños parecían de buena familia, sus padres pagarían una crecida multa, y como, con objeto de favorecer la vigilancia, los guardas percibían el tanto por ciento de las multas que el Ayuntamiento de Picofuerte recaudaba... ¡pues!... el nuestro había ganado su jornal. En cuanto á Picofuerte, era un villorrio distante legua y media del Romeral, que así se llamaba el pueblo de los muchachos, con cuyos vecinos estaban á matar los del villorrio. Así es que el guarda replicó á los niños:

—En marcha, he dicho, y nadie me chiste.

Los infelices obedecieron, y, guiados por el guarda, empezaron á franquear ribazos, á huir barrancas y cruzar arroyos, con el susto en el alma y en los miembros la fatiga. En tanto el sol descendía visiblemente sobre el horizonte, mientras Pepito, el más afligido de los tres, iba pensando en su madre, que tal vez en aquel momento le andaría buscando, y en lo que la

pobre había de sufrir cuando, llegada la noche, no le viera en casa. En mal hora había olvidado sus cariñosas advertencias, en mal hora la había desobedecido. La rotura del pantalón, aparte de esto, le preocupaba en alto grado. ¡Cómo se incomodaría ella, y con razón, al verlo hecho una lástima! Tales ideas le afligieron tanto, que no pudo menos de partir el aire con sus lamentos, en lo cual comenzaron á secundarle Emilito y Luis. El guarda, furioso, se volvió á ellos, diciendo:

— ¡Silencio! ¡Al que no se calle le rompo la cabeza de un culatazo!

Ya era tarde: aquellos lamentos habían sido oídos por un hombre, el cual, también con la escopeta al hombro, se presentó de improviso ante el desolado grupo. Era Pedro, un hábil y honrado obrero de la fábrica perteneciente á los padres de Pepito y de ellos muy querido, quien solía, durante los días festivos, dar rienda suelta á sus aficiones venatorias. Al verle, el rostro de Pepito se iluminó á través de sus lágrimas, como suele á veces encenderse el sol á través de una lluvia veraniega. El cazador, después de saludar cariñosamente á los niños, abarcó la situación de una mirada, y dijo al guarda:

— ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

El interpelado refirió en pocas palabras el suceso, abultando la culpa de los chicos.

— Eso no vale nada: harto han llorado. Suéltelos V.: sus cortos años les abonan.

— Así lo pienso hacer en llegando á la granja del Roble: sólo trato de asustarlos en su provecho.

Pedro, que era listo, no se fió de las palabras del guarda, y, silbando su aire favorito, uniéndose al grupo. Diez minutos después llegaron todos á la granja del Roble, hacienda situada en las inmediaciones de la carretera, y equidistante del Romeral y Picofuerte. Los granjeros, recibiendo afablemente, improvisaron una merienda que, por más que á ello fué invitado, no quiso probar el guarda; echaron un remiendo al malaventurado pantalón de Pepito, y, enterados del suceso, unieron sus súplicas á las de Pedro para que los niños fuesen puestos en libertad.

— Bastante hemos descansado, arrapiezos: en marcha pues, — profirió repentinamente el guarda.

— ¡En marcha! Y ¿para dónde? — contestaron los chicos, que ya se creían sueltos.

— Para Picofuerte.

— ¿De modo que insistís en llevarlos? — preguntó el cazador.

— Sí tal: es mi deber.

Entonces el bueno de Pedro, con ademán resuelto y voz pausada, dijo así:



Las quejas de Benito

—En ese caso os haré una advertencia: al verlos en aprieto, me he constituido en protector de esos niños. Llevadlos en buen hora, pero antes pasaréis por cima de mi cuerpo. Escopetas tenemos los dos: veremos quién puede más.

El guarda vaciló un momento. Luego, disimulando su miedo y su disgusto, preguntó á los muchachos:

—¿Volveréis á ser malos?

—¡Nunca! ¡Nunca!—respondieron ellos con efusión.

—Pues libres sois.

Y, sin dar las buenas tardes, desapareció tras un ribazo.

Cuando, cerrada la noche, Pepito, acompañado de Pedro, llegó á casa, encontró á sus padres presa de la mayor angustia. El honrado obrero se apresuró á referirles el lance, atenuando las faltas de los niños, y todos le colmaron de bendiciones. La madre dijo á Pepito:

—En la culpa va el castigo: te está muy bien empleado, por travieso y desobediente. Siéntate á cenar: por hoy te quedarás sin postre en desquite de los higos que has comido. Otro día...

—Otro día,—concluyó el padre,—yo mismo le llevaré á la cárcel.

Pepito se acostó aquella noche, muy satisfecho de haber librado tan bien de su aventura; pero soñó con Picofuerte y con el guarda, á los cuales siguió recordando largo tiempo; y era tal el miedo que éstos le metían, que no volvió á desobedecer á su mamá.

JUAN TOMÁS SALVANY



VICTOR

(HISTORIA DE UN HECHO MARAVILLOSO)

UN muchacho de quince años, un niño, es el héroe del hecho que voy á referir.

Aunque resulta tan extraordinario que parece increíble, afirmo su exactitud por la memoria de mi padre, que no mentía nunca, y á quien se lo oí contar en una velada de familia cuando debía impresionarme más, por la



Cosas
de
niños

circunstancia de tener yo entonces la misma edad que aquel héroe desconocido.

Ocurrió en un pueblecillo de Asturias, una aldea del concejo de Tineo; pero este dato no puedo fijarlo con la misma exactitud del suceso, deduciéndolo sólo de que mi padre era de Tineo y hablaba de ello por referencias inmediatas.

Recuerdo, sí, haberle oído que constaban pruebas de la heroicidad del chico en el Ayuntamiento, y esto conviene consignarlo, importándonos poco que fuese de aquel concejo ó de otro cualquiera de la provincia.

Y vamos al caso.

En aquella comarca había aparecido un lobo rabioso.

Era á principios de primavera, cuando las reses salían de su largo encie-

rro forzoso, ávidas de acudir á los primeros pastos, dando calor y movimiento á sus miembros entumecidos.

Calcúlense, pues, los estragos que causaría la fiera, una de las más grandes que se habían visto de su especie, con la audacia feroz y las dobles fuerzas que le daba su enfermedad.

El terror cundió por las aldeas, llegando hasta el corazón del concejo. No dominaba sólo á los niños y á las mujeres: también á los hombres, á aquellos descendientes de los héroes de Covadonga.



Cosas de niños

El alcalde publicó un bando poniendo precio á la cabeza del terrible enemigo. Pero una fiera rabiosa era muy respetable, y la medida no surtía efecto.

Como el Municipio estaba pobre, sólo la habían tasado en una onza de oro, cantidad insignificante en proporción á la importancia que daban á aquel lobo sus numerosas víctimas.

Entre éstas se contaban ya varios vecinos de la aldea de Víctor.

Aún prescindiendo del virus ponzoñoso que las hacía mortales, las mordeduras de aquel animal eran tremendas.

A un hombre le había saltado al rostro desfigurándole de una manera horrorosa; á una niña de ocho años le había arrancado una mano.

Salió su madre á defenderla con el valor de leona que da únicamente el ser madre, y el lobo la dejó casi estrangulada, pero ciñendo aún con uno de sus brazos el cuerpo de su hija, que lanzaba gritos desgarradores.

Los vecinos se encerraban en sus viviendas, atrancando tam-

bién los establos, y apenas había uno que se atreviese á salir en tres leguas á la redonda, y únicamente para cosas de la más absoluta precisión.

*
*
*

Varias batidas se habían dado á la fiera, pero inútilmente, aunque no faltasen buenos cazadores entre los pocos que se atrevían á acecharla y á perseguirla.

Fuese por la rapidez vertiginosa que la rabia imprimía á todos los movimientos del animal, fuese porque el terror general influyera en el pulso de los más animosos, ello es que continuaba ileso sus estragos, no habiéndose logrado siquiera arrojarle á lo fragoso de la montaña, porque iba y vol-

vía sin cesar, cayendo á veces como el rayo donde menos se le esperaba.

Una tarde, Víctor, impaciente por ver á su padre, que había anunciado su regreso desde la capital de la provincia, á donde hubiera ido á vender algunas cabezas de ganado, salió á esperarle á alguna distancia de la aldea, á pesar de las súplicas de su atribulada madre y de toda su familia, que le representaban el inminente peligro de la fiera, advirtiéndole que su padre ya vendría bien acompañado.

El muchacho, que era tan trabajador como animoso, iba con la chaqueta al hombro, llevando una azadilla en la mano, porque se proponía detenerse en unos sembrados si el viajero tardaba.

Tomó por una trocha de atajo que descendía al valle, sonriente, con la esperanza de abrazar á su padre, sin acordarse apenas de la terrible historia del lobo, y canturreando á media voz una tonada del país.

* * *

De pronto columbró allá en la hondura un bulto pardo bermejo, que se vino, mejor dicho, que voló hacia él.

Era la temidísima fiera, con los ojos encendidos y casi fuera de sus órbitas, erizada la piel, como si en vez de pelos tuviese púas férreas, y la boca desmesuradamente abierta y bañada de virulenta baba.

El muchacho tuvo serenidad para considerar el peligro, y, rápido en prevenirse, enrolló al brazo izquierdo la chaqueta y alzó el otro armado de la azadilla.

La fiera hizo presa en el brazo, al mismo tiempo que recibía el primer golpe en la cabeza.

Empujábala Víctor, hundiendo el resguardado brazo cuanto podía en aquellas fauces espantosas, con objeto de quitarles la fuerza y la acción, y menudeaban sus golpes.

La sangre chorreaba ya de la cabeza del lobo, pero no cedía.

Sin duda las heridas no eran mortales. Víctor empezaba á cansarse, nublándosele los ojos, como si los sintiese oprimidos por nubes de aquella oscura sangre que le manchaba.

Pensó en Dios y en sus padres, redobló su esfuerzo, y el de su enemigo empezó á ceder por la pérdida de la sangre.

Volvió la fiera á acometerle con la furia de la desesperación y las primeras ansias de la agonía.

Víctor hizo el último esfuerzo y dió los últimos golpes.

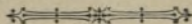
Apenas se había apagado el rumor de la lucha, aparecieron dos hombres en el camino.

Era uno de ellos el padre de Víctor, y encontró á su hijo desmayado junto á la fiera muerta.

Cuando el lobo caía para no levantarse más, caía él también desvanecido á causa del último esfuerzo. Estaba todo manchado de sangre, pero completamente ileso.

Al día siguiente Víctor era conducido en triunfo por toda la comarca. Delante de él iba su padre llevando la sangrienta piel sobre una pértiga, y no se olvidó de cobrar la onza ofrecida por el Ayuntamiento.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



— NUESTROS GRABADOS —

EL LABRADORCITO

Martín, chico de ocho años, vive con su padre en una granja, y parece tener particular empeño en tomar parte en los trabajos de aquél. Se le ha concedido un espacio de tierra para que forme un jardín, y allí cultiva trigo, guisantes y habas.

Siempre está dispuesto á llevar las vacas al pasto, cuida de las gallinas y de los conejos, y da pruebas de un celo y actividad que hacen sonreír á su padre. Su mayor deseo es adquirir un caballo; pero, como no quieren dárselo, ha ideado construir uno á su manera. En un pequeño barril viejo ha practicado cuatro agujeros, afianzando en ellos otras tantas estacas que hacen las veces de piernas. Con esto tiene el cuerpo, mas ahora necesita la cabeza, y de consiguiente el cuello. En una extremidad del barril clava un pedazo de tabla que representa esta parte, y otra en sentido contrario que hace las veces de cabeza; dos pedazos de cuero sirven de orejas; y el chico pinta dos círculos negros en la segunda tabla para figurar los ojos. En cuanto á la cola, un viejo plumero la representa perfectamente; y hete aquí á Martín provisto de un caballo, el cual suele llevar á veces de una parte á otra, muy orgulloso de su trabajo.

El supuesto cuadrúpedo es muy dócil, como ya se comprenderá, y por lo menos sirve para demostrar que el chico tiene mucho ingenio.

EL MANANTIAL DE PAQUITA

—Yo tengo un manantial en mi misma casa,—dijo Paquita á su amiga Rosa.

—¿Cómo es posible?—preguntó la otra.—¿Podrías llenar una taza de agua?

—Tal vez sí,—contestó Paquita.—Ven conmigo y lo verás, Rosa.

La niña accedió al punto, y, cuando estuvo en la casa, Paquita le enseñó dos pequeñas *hepáticas*, curiosas flores que tenían la facultad de conservar el agua entre sus pétalos y cuyos delgados tallos sobresalían entre unos helechos. La niña Rosa quedó convencida: hasta cierto punto su amiga tenía razón.

LOS AMIGOS DE CARLITOS

Carlitos tiene un caballo que su padre le ha traído de Córdoba y al que ha puesto por nombre *Príncipe*; y también posee un perro al que llama *Sol*. Considera estos dos animales como sus más fieles amigos: cuando va al campo, siempre los lleva en su compañía, y muchas veces se complace en dar manzanas al caballo, y le divierte al ver el ansia con que le mira *Sol*, que no puede saltar lo bastante para coger el sabroso fruto.

LAS QUEJAS DE BENITO

Benito, que sólo tenía seis años, estaba un día muy enojado porque su abuelo no le dejó salir para hacer bolas de nieve y apedrearse con los chicos.

De pie junto á la ventana, veía como las aves saltaban entre el ramaje de los árboles y bajaban luego á tierra para buscar en la nieve algún alimento; y también vió dos ó tres perros que retozaban corriendo de un lado á otro. Todo parecía alegre y brillante fuera de su casa.

—Me parece,—murmuró,—que los niños somos muy desgraciados. Mejor quisiera ser perro ó pájaro, porque entonces podría jugar hasta que me cansase.

—Siento mucho,—dijo su abuela, que estaba á su lado y le oyó muy bien,—oírte hablar así. No creo que los perros ni los pájaros sean tan felices como los chicos.

—A mí me parece que sí.

—Pues ¿no te acuerdas ya de cuando ibas al circo con tu abuelo y veías tantas cosas que te agradaban, pasando allí dos ó tres horas muy divertido? ¿Ya has olvidado que cuando llega el día de los Reyes y pones, la noche antes, el zapato en el balcón, encuentras al día siguiente muchos juguetes bonitos? ¿Te parece á ti que los perros disfrutan de todos estos placeres?

Benito no pudo menos de convencerse de que su abuela tenía razón, y, desarrugando el ceño, rióse de su mal humor de antes, y prometió no enojarse otra vez cuando no le dejaran salir.

Como recompensa por su conformidad, la abuela le dejó salir al día siguiente por la mañana para pasear en trineo con su abuelito.

COSAS DE NIÑOS

Federico y Alfonso, dos niños de rubio y ensortijado cabello, y de sonrosadas mejillas, fueron cierto día con su mamá al campo, donde les llamó mucho la atención el esquileo de los carneros, cosa que no habían visto nunca. De vuelta á su casa, Federico concibió una idea, que solamente le hubiera ocurrido á un niño de su edad.

—Figúrate que somos carneros,—dijo á su hermano,—y esquilémonos también. ¿Qué te parece?

—¡Oh! Es que nosotros no seríamos más que corderos,—contestó Alfonso.—Si tuviéramos más edad...

—No importa, nuestro cabello es ya bastante largo,—interrumpió Federico.

Y, corriendo al cuarto de costura, el niño se apoderó de unas tijeras, y poco después los dorados rizos de ambos niños caían en el suelo, cortados con mano inexorable.

Apenas terminaban la operación, llegó su mamá, que no pudo reprimir al pronto una exclamación de dolor; pero después tomólo á risa, y hubo de llevar á los dos niños á la peluquería para que les cortaran bien el cabello, pues habíanse desfigurado la cabeza.

PEPE Y SU PALOMA

¿Habéis visto alguna vez esas palomas que tienen como un collar, formado por un anillo de plumas dispuestas en sentido contrario que las demás? Es una especie que se distingue por un gracioso aspecto.

El buen Pepito recibió una de su tía Margarita, y la cortó un poco las alas para que no pudiese volar á mucha altura; pero las plumas crecieron otra vez, y cierto día la paloma se remontó hasta el tejado de la casa de enfrente. El muchacho comenzó á llorar; pero su padre diseminó un poco de grano en el suelo, y el ave volvió; de modo que Pepe pudo tomar sus precauciones para que no saliera otra vez.

LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

Aprendió á tocar el órgano en la iglesuela del lugar, y se tomó mucho trabajo para enseñar á cantar á los niños de la escuela parroquial. Allí fué donde descubrió que Bernardito poseía una voz magnífica. Desde aquel día Jaime se dedicó por entero á él. Le quiso, no solamente con la orgullosa ternura de un maestro por su discípulo, sino con una especie de respeto por la naturaleza elevada y pura del niño, por su belleza y su cándida devoción.

El reloj de la catedral tocó mientras Bernardo cantaba aún al lado de su hermano.

—Hay que irnos,—dijo Jaime.

Pronto estuvo listo Bernardo. Tenía un aire muy joven y muy inocente con su pequeño sobrepelliz blanco, sus mejillas algo rojas y sus cabellos dorados. Jaime daba vueltas en torno suyo arreglándole cuidadosamente el sobrepelliz.

—¡Oh, Claudio!—murmuró Ruth llamándole aparte.—¿No os parece que tiene el aire de un ángel?

Claudio sonrió, dirigiendo á Ruth una mirada que le dejó completamente satisfecha. Besó á Bernardito, y éste partió con Jaime. Claudio y Ruth les siguieron un momento después, y durante algún tiempo la casa permaneció tranquila y desierta.

Muy dichosos parecían al volver, aunque hablasen poco; pero Claudio se quedó en el saloncillo en vez de meterse como de costumbre en su taller. Poco á po-

co oí á Claudio y á Ruth contar á la anciana abuelita cómo haba pasado todo. Dijéronle que la catedral les había parecido más solemne y más apacible que nunca y que los rayos del sol habían formado como una aureola alrededor de la cabeza de Bernardo. Dijéronle que Jaime se había colocado en un rincón y que había parecido hallarse muy inquieto hasta el momento en que había visto á su caro discípulo llegar en medio de los otros Jaime contó, más tarde, que desde el día fatal en que la fiebre se le había llevado la voz nunca se había sentido tan orgulloso y tan feliz.

—En cuanto á Ruth,

—repuso Claudio,—ha comenzado por palidecer y ruborizarse alternativamente; pero cuando ha empezado la antifona ha recobrado la calma habitual.

—Y entonces,—dijo Ruth,—hemos oído su voz. ¡Oh, abuela! Era más clara y más firme que todas las otras. Hubiera dicho que resonaba de los aires. Estoy segura de que no por tratarse de mi hermano me ha parecido así, sino porque hubo un gran silencio en toda la catedral; y, en cuanto á Jaime, no ha podido contenerse: se ha puesto de cabeza entre las manos, y se ha echado á llorar, y...

—Y Ruth ha hecho otro tanto,—dijo Claudio sonriendo.

—Fué la primera vez,—dijo Ruth. Y después repuso:—No era solamente porque su voz era hermosa, sino porque pensaba yo que mi anhelo más caro se había visto realizado y oía á mi hermanito cantar las alabanzas del Señor.

El taller de Claudio era uno de los cuartos que me gustaba más examinar.

(Se continuará)



Pepe y su paloma

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca. 10. 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA